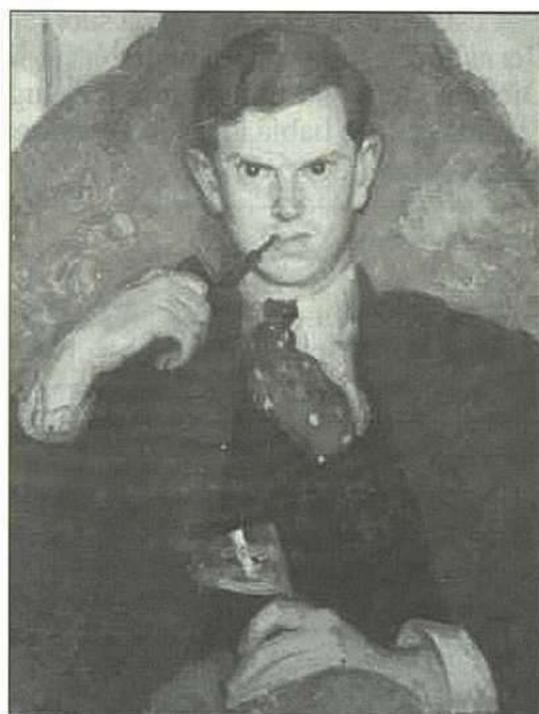


La biblioteca de Mr. Todd

Emilio Pascual*

UN PUÑADO
DE POLVO
A HANDFUL OF
DUST

PRIMERA EDICIÓN: 1934



Evelyn Waugh
(1903-1966)

Gran lector de Dickens —sería mejor decir oyente, «un oyente excepcional»— fue James Todd. Tanto más excepcional cuanto que, a diferencia de Matilda, era analfabeto y firmaba con una cruz. Mr. Todd había pasado toda su vida en una ignota región del Amazonas, y no habríamos conocido su pasión por Dickens, ni su biblioteca, ni siquiera su existencia, de no haber sido por una sucesión de encuentros y desencuentros, azares y accidentes.

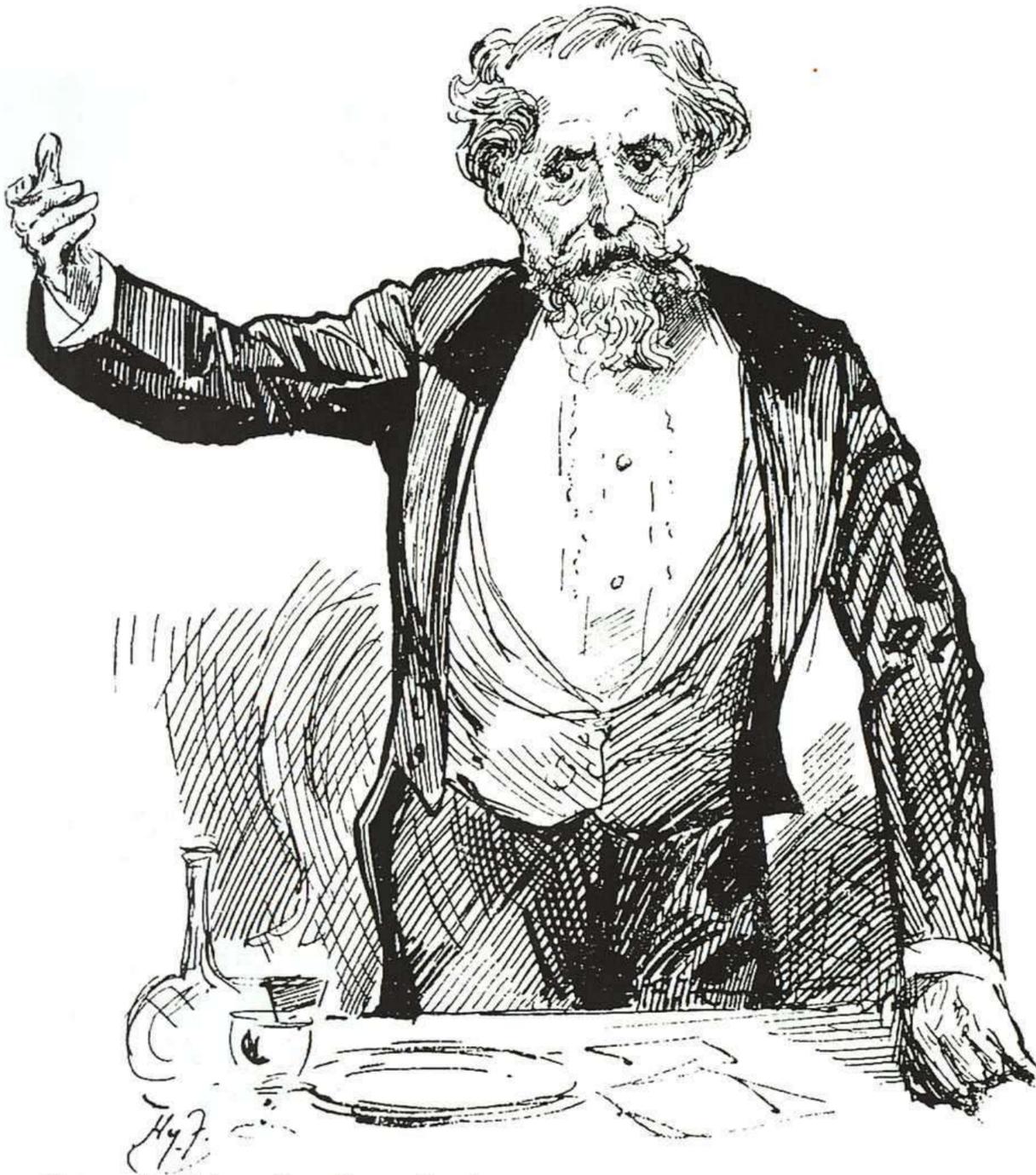
Primero fue el divorcio de Tony Last, que lo empujó a la tónica huida a remotas tierras como todo inglés que de viajero se precie; más tarde, la coincidencia casual, en el barco que lo llevaba rumbo a América, con el doctor Messinger, el cual andaba en busca de una mítica y nunca encontrada ciudad conocida de antiguo como la «Resplandeciente», la de las «Aguas Múltiples», la de las «Plumas Brillantes» o la del «Dulce Aromático»;¹ y, en fin, la catarata que se llevó al doctor, y una de esas típicas fiebres tropicales que tuvieron a Tony al borde de la muerte. Mr. Todd lo rescató de la tenue frontera de la nada.

James Todd era hijo de un misionero inglés y de una india. Su casa, perdida en la región de los *pie-wies*, «era más amplia que la de sus vecinos, pero de ar-



quitectura similar: techo de hojas de palmeras trenzadas, paredes bajas, construidas de barro y zarzas, y piso de tierra». De su madre y sus mujeres sucesivas había heredado los remedios de la selva, «tanto para curar como para enfermar»; de su padre, la biblioteca.

Tenía unos 60 años y «una buena cantidad de libros». La biblioteca se



Retrato de Dickens, firmado por Furniss.

hallaba en una especie de buhardilla armada entre las vigas del techo. Su fondo consistía en «un montón de paquetes, envueltos en trapos, hojas de palmera y pieles sin curtir». Contenían previsiblemente las obras completas de Dickens. No todos los volúmenes se hallaban en perfecto estado: a pesar del cuidado que ponía en protegerlos de hormigas y gusanos, dos habían quedado casi destruidos.

Pero allí estaba *Casa desolada*, una antigua edición americana encuadrada en piel, cuya lectura —sería más exacto decir audición—, y en especial el episodio del desolado y desolador barrio de *Tomsolo*, lo hacía llorar a lágrima batiendo, como ciertos pasajes de *La pequeña Dorrit*; allí estaban *Dombey e hijo*, y *Nicholas Nickleby*, y *Oliver Twist*; y también *Martin Chuzzlewit*, entre cuyas páginas Tony descubrió un inquietante documento premonitorio: era un papel de 1919, escrito a lápiz con letra irregular, que decía: «Yo, James Todd del Brasil, juro a Bernabe Washington de Georgetown que si termina de leer este libro *Martin Chuzzlewit* lo dejaré volver en cuanto termine». A continuación, una gruesa X toscamente dibujada precedía a la siguiente acotación: «Mr. Todd hizo esta marca. Firmado: Bernabe Washington».

A estas alturas, Tony Last ya sabía que Bernabe Washington, el negro lector de Dickens, tenía su tumba en aquel lugar perdido que no había logrado abandonar.

VISITE NUESTRA PÁGINA WEB

Dirección

Favoritos Historial Buscar



www.revistacliij.com

- Consulte los sumarios de cada mes.
- Las ofertas de monográficos, números atrasados y tapas para encuadernar.
- Las tarifas de publicidad.
- Las condiciones de suscripción.

Y ESTÉ ATENTO A LAS NOVEDADES DE ESTE AÑO: EN 2003 ¡CUMPLIMOS 15 AÑOS!



GEORGE CRUIKSHANK, OLIVER TWIST, ANAYA, 1990.

Porque es de saber que el padre de Mr. Todd, que había legado a su hijo una biblioteca dickensiana y la pasión por la lectura, no había tenido en cuenta —lo mismo que Robinson con Viernes— un detalle sin importancia: el de enseñarle a leer. Se conformó con leerle a Dickens hasta su muerte. A Mr. Todd, obsesionado por los personajes, los escenarios y las palabras del autor, lo sacó de su desamparo la aparición fortuita del negro Bernabe. Para aliviar su soledad lectora, Mr. Todd utilizaba a los eventuales viajeros extraviados en aquel imposible laberinto amazónico, como otros los rehenes para obtener rescates. Y Anthony

Last, que en algún estante de su casa de Hetton tenía libros con títulos tan sugerentes como *Bevis*, *Escultura de madera para el hogar*, *Prestidigitación para todos*, *Los jóvenes visitantes*, o *Las leyes de propietarios y arrendatarios*,² tuvo la desgracia de leer admirablemente a Dickens, «con mucho mejor acento que el negro», y además lo explicaba mejor. Todos sus intentos por escapar a su destino de lector involuntario de Dickens fueron inútiles. Tarde tras tarde, con avidez inagotable, Mr. Todd le cobraba su tributo de lectura dickensiana.

Tony Last no murió de viejo. No sabemos si melancolías y desabrimientos



ARTHUR RACKHAM, CANCIÓN DE NAVIDAD, ANAYA, 1993.

lo acabaron, como a don Quijote, o simplemente se rindió, irredimible prisionero de las historias de Dickens, víctima de la obsesiva lectura de su viejo compatriota. En su antigua mansión de Hetton Abbey, «otrora una de las más notables del condado», aún puede verse un sencillo monolito de piedra con la siguiente inscripción:

ANTHONY LAST DE HETTON
Explorador
Nació en Hetton en 1902
Murió en Brasil en 1934 ■

***Emilio Pascual** es escritor y editor.

Notas

1. El doctor Messinger, que había estado investigando los aspectos históricos de la ciudad, cree que su fundación se debió al «resultado de una emigración del Perú en los comienzos del siglo XV, cuando los incas estaban en la cima de su poderío. Lo mencionan todos los documentos españoles más antiguos como una leyenda popular. Parece que uno de los príncipes más jóvenes se rebeló y llevó a su pueblo hasta la selva». Nadie había visitado nunca la ciudad, pero todos *sabían que existía*.

2. Hagámosle justicia. Tenemos noticia de que entre los libros catalogados figuraba también un ejemplar de *Adiós a las armas*.